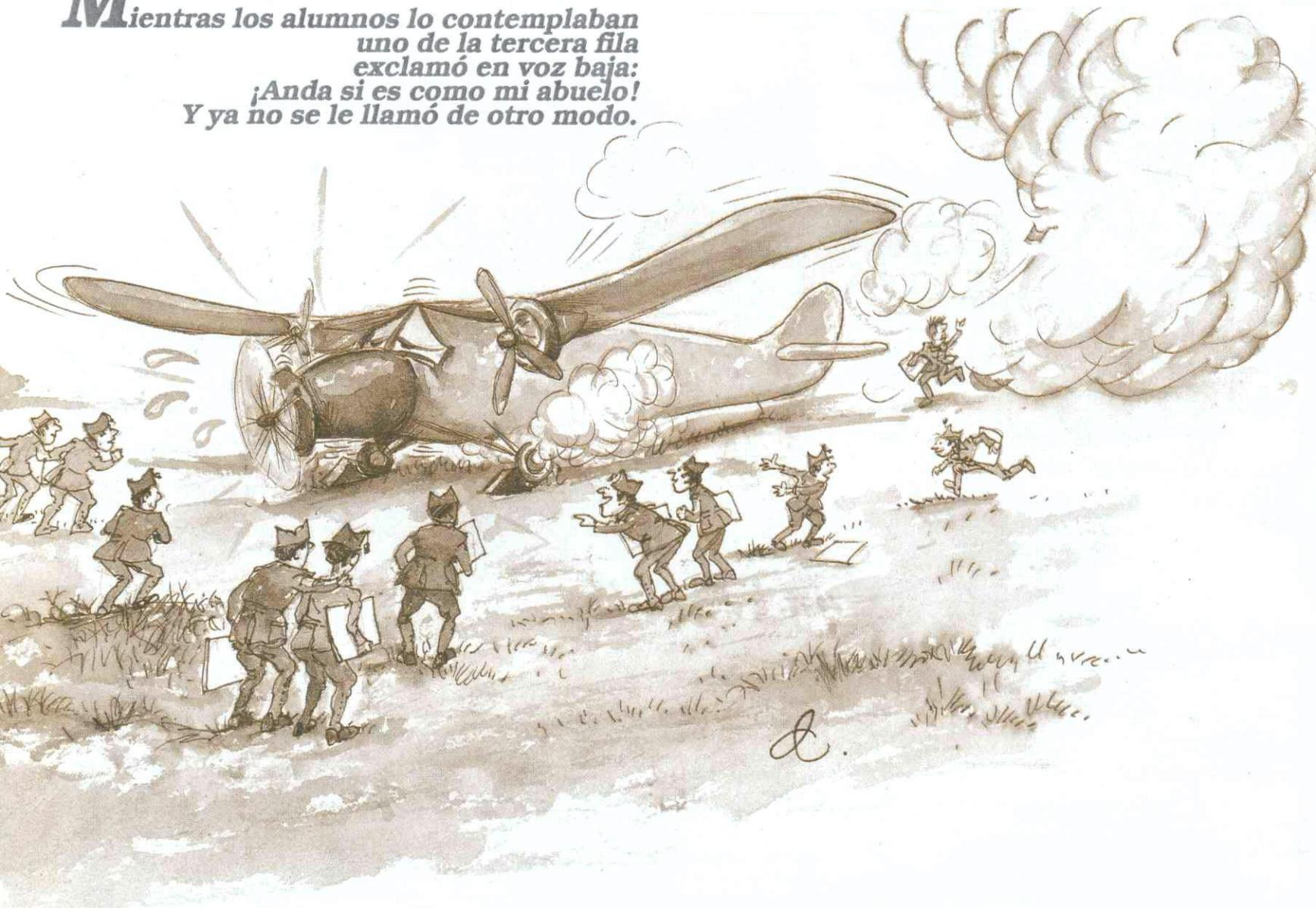


“EL ABUELO”

Recuerdos, al medio siglo,
del **Primer Curso**
de **Tripulantes de Aviones de Guerra**

C.J.M.

Mientras los alumnos lo contemplaban uno de la tercera fila exclamó en voz baja: ¡Anda si es como mi abuelo! Y ya no se le llamó de otro modo.



TABLADA, otoño de 1936. Una mañana bien fresca y húmeda. Es de esos días en los que Sevilla parece más bien una ciudad del norte de España. El Guadalquivir y las nubes, con una brisa próxima a viento, ponen una nota que hace cambiar el grato clima andaluz. En esas horas tempranas un grupo de jóvenes, de unos dieciocho años, en calzoncillos de aquellos de dos botones, o uno los más elegantes, hacen cola en el botiquín de la Base donde unos médicos muy serios inician el reconocimiento para dar la aptitud física de vuelo. Las caras de estos casi niños muestran expectación y dudas. Los ojos les brillan por la sensación de esperanza y susto que les embarga. ¿Será posible no pasar esas pruebas que cortarían el paso a unos posibles aviadores como Franco, Ruiz de Alda, Durán, Barberán, Collar, Ansaldo, Gallarza,... y tantos, y

tantos otros? No soplar suficientemente para que una dichosa aguja señale el punto aceptable. La tensión tras las violentas flexiones previas. El oído. La vista. Algo tremendo.

Las pruebas han pasado bien para casi todos. Algunos quedaron en el camino. No se les ha visto marchar.

El Brigada instructor los reúne, los lleva a que les den la ropa militar, un traje azul que los unifica. La mayor ilusión es el de vuelo. Quizás no es del suficiente grosor para el frío de la torreta, menos aún para el asiento de un biplaza, pero el calor lo llevan dentro, no es necesario más.

La primera semana es de estudios básicos preparatorios. Libros, Folletos, Instrucciones, todo teoría y lo que aquellos jóvenes anhelan es volar.

Ese día llega y la promoción se encuentra formada ante un viejo trimotor. Su vetusta y digna estampa impresionó por lo noble de su aspecto. En algún momento parecía levantar el morro en señal de superioridad ante los aspirantes ¡Nada menos que para llegar a ser aviadores!, quizás pensaba el anciano Focker. Mientras los alumnos lo contemplan uno de la tercera fila exclamó en voz baja ¡Anda si es como mi abuelo! Y ya no se le llamó de otro modo. Aquella misma noche un alumno bullanguero y ocurrente compuso una canción dedicada al “Abuelo”, con música de la entonces muy en boga “La Chaparrita”. Fué de un enorme éxito y el Brigada tuvo que poner seriamente orden para que a la hora señalada estuviesen durmiendo... o pensando en gestas brillantes, allá arriba, en lo más alto, donde la imaginación logra unirse a la realidad.

Comienzan los intentos de la puesta en marcha. Una profunda emoción es sentida por los aspirantes.

Algún escéptico duda de que pueda llegar a funcionar. Pero el "Abuelo" funcionó y con sus tres motores.

Ya están sentados en el interior del avión. Lo primero fue percibir una serie de raras sensaciones al oír, primero unos violentos ruidos, estertores más o menos apagados de los viejos motores y segundo unos trompicones al empezar la lenta rodadura hasta situarse en cabecera de pista.

El "Abuelo" ha cambiado totalmente, todos los raros sonidos han desaparecido, ahora era un ruido uniforme y a la vez suave.

En los vuelos, casi al amanecer, era cuando al "Abuelo" se le notaba más resentido. Al despertar, sus toses asmáticas, bufidos, quejidos, lamentos, fallos, etc., se acentuaban.

Primer vuelo. Formados ante el "Abuelo" en una zona de aparcamiento próxima a una cabecera de pista desde donde se divisa una hermosa vista general del campo, instalaciones y sus no menos bellos alrededores, en aquella tan cuidada Base. La fuerte y bien fresca brisa de la mañana azotaba los rostros de los jóvenes alumnos, pero ellos no están para darse cuenta de nada más que de su inmediato primer vuelo. Se inician los preparativos para la puesta en marcha de aquel —para entonces— mastodonte del aire. Unos expertos mecánicos recorren los tres motores, mientras el Capitán profesor en cabina, comprueba los cuadros donde se recogen todas las sensaciones del mecanismo volante pudiéndose reconocer hasta el más pequeño detalle de su delicado funcionamiento. Pero el pobre "Abuelo", con los años, tenía profundos achaques. Comienzan los intentos de la puesta en marcha. Una profunda emoción es sentida por los aspirantes. El "Abuelo" deja oír un carraspeo seguido de ronroneos, más bien ronquidos de un bronquítico crónico. Toses bruscas con petardeos intermitentes. Nubes grises oscuras malolientes. Expectación. Aumenta la emoción contemplando lo que sería la casa volante durante una temporada, en la tentativa de su primer motor de adquirir vida. Algún escéptico duda de que pueda llegar a funcionar. Pero el "Abuelo" funcionó y con sus tres motores. Fue espectacular. Pareció, en un momento, levantar la cabeza materializada en el morro. Quizás hubo también un casi imperceptible balanceo de alas, como las cigüeñas se mueven en los altos campanarios antes de elevarse. Algun veterano que por allí pasaba les deseaba "Feliz Aterrizaje". Efectivamente era lo mejor para desear, aquello suponía realizar todo ciclo satisfactoriamente.

Ya están sentados en el interior del avión. Lo primero fue percibir una serie de raras sensaciones al oír, primero unos violentos ruidos, estertores más o menos apagados de los viejos motores y segundo unos trompicones al empezar la lenta rodadura hasta situarse en cabecera de pista. Larga detención para calentamiento. Por fin arranque. En forma instintiva los alumnos se levantan ligeramente como para disminuir peso al venerable "Abuelo". Los segundos parecen horas. La carrera se alarga. Suenan los tres motores más intensamente al elevarse el número de revoluciones. El traqueteo va disminuyendo. ¡Arriba "Abuelo", un poco más y ya estamos! grita cada uno en su interior. El avión ya no se balancea j están en el aire! Se miran casi sin creerlo. Efectivamente vuelan, están viendo los hangares, la torre, el campo cada vez a más bajo nivel. ¡Sube, sube! El "Abuelo" ha cambiado totalmente, todos los raros sonidos han desaparecido, ahora era un ruido fuerte uniforme y a la vez suave. Los oídos acusan el cambio de altitud, se traga saliva y se recrean en el paisaje. El "Abuelo" era formidable. Algunos sonríen recordando ese consejo de casi todas las madres "volar despacito y lo más bajo posible". Las emociones de ese primer vuelo quedarían imborrables. Durante el resto del día no hubo otro

tema. Todos escribieron a familia, novias, amigos contando el gran acontecimiento.

Pero no todo era volar. Las clases teóricas obligan a estudiar y ellos se impacientan pensando en la hora de estar con el "Abuelo". A veces aviadores con gran prestigio les hablan de esta carrera a que aspiran. Uno les dijo que el aviador debe poseer tres virtudes del soldado de tierra: El arrojo y sacrificio del Infante. La temeridad del Jinete. La frialdad del Artillero. Otro les advirtió que el aviador ha de ser un "caballero del Aire" en todo momento, demostrado al combatir sin saña: el objetivo es destruir el avión contrario. Los alumnos se entusiasmaban oyendo a aquellos hombres con tanta experiencia.

En los vuelos, casi al amanecer, era cuando al "Abuelo" se le notaba más resentido. Al despertar, sus toses asmáticas, bufidos, quejidos, lamentos, fallos, etc., se acentuaban. Uno de la promoción ideó una fórmula. Se acercaba cerca del morro y disimuladamente le decía "Despierta Abuelo que si no te llevan a la chatarra" y creyó que sus palabras hacían efecto porque casi siempre coincidía con el rodaje normal del primer motor. Pero ¡horror!, una mañana se negó a ponerse en marcha. A cada intento dejaba oír una suave tosesita de su gastado mecanismo y allí quedó. Estaba en manos de unos mecánicos. Una brigada que conocía el afecto de los jóvenes por el avión les dijo como parte médico "Señores alumnos, el "Abuelo" repuesto de su ligera indisposición podrá despegar mañana". Todos prorrumpieron en alegres ¡Vivas! y la tranquilidad volvió a reinar en el grupo.

Los ejercicios de localización se hacían cada vez más difíciles. Progresivamente las rutas son cada vez más complicadas y los endiablados paineles cada vez más escondidos. Una noche, cuando iban al dormitorio, les sorprendió uno muy emocionado, con la absoluta creencia —"El Abuelo nos habla". Aquello produjo las más variadas reacciones, coincidiendo en que el pobre estaba loco. Pero el hombre insistía apasionadamente —¿No os daís cuenta que al aproximarnos a los blancos o en la corrección de rumbos el "Abuelo" se balancea ligeramente y cada motor hace un ruido especial? Los compañeros seguían mirándole con ideas confusas, pero poco a poco en el interior de cada uno se iban encendiendo lucecitas que les hacía recordar cómo, en diversas ocasiones, habían notado algo especial durante los ejercicios. Al final de la íntima y aclaratoria meditación que duró largo tiempo, todos estaban convencidos. Efectivamente el "Abuelo" se comunicaba con ellos. Nunca más viva quedó una frase que oían a los veteranos. —"El avión y su tripulación forman un todo, íntimamente ligados, que se transmiten sus sensaciones".— Para ellos la ligazón era aún mayor.

Una tarde, en el campo, durante la clase de armamento apareció un piloto en traje de vuelo con una bufanda blanca que se dió un afectuoso abrazo con el Capitán profesor. La emoción de los alumnos al reconocerlo fue profunda. Era García Morato. Le miraban ya como un héroe legendario. Un hombre muy sencillo. Les dirigió unas palabras como

saludo, entre ellas quedaron muy grabadas unas... —“tiren, tiren primero pero sin odio. Es una pena tener que instruirles para combatir contra nuestros propios hermanos...”.

Los alumnos también tenían horas de “buen pasar”: Para muchos, la gratificación de vuelo, cobrada por vez primera, fue algo extraordinario al no haber visto nunca esas pesetas juntas en la mano de una vez. Aquel sábado hubo de todo. Generalmente la primera visita de casi todos era al Jesús del Gran Poder, luego la reunión al Simón y al Alfonso, otros elegían Gallango. Después de cenar, ese primer sábado de sentirse ricos, algunos marcharon a iniciar contactos con la “vida nocturna”. El lunes creyeron percibir, en las toses del “Abuelo”, algo de reconvencción por el ligero comportamiento.

Dos hechos marcaron hondas huellas. Una mañana se vió aproximarse al campo un caza. Su motor lanzaba nubes de humo. El piloto bajó agitando una mano para alertar a la torre. A pesar del peligro de su avión no se lanzaba abandonándole, se veía que deseaba por todos los medios salvarlo aterrizando. No lo logró. El incendio violento se produjo al tocar tierra. Todos los esfuerzos de salvamento fueron inútiles. Los alumnos se acercaron impresionados. Allí estaba el piloto calcinado, en tamaño reducidísimo, todavía con un brazo cerca de la palanca de mando como en postrer esfuerzo de intentar salvar su avión. En otra ocasión, una tarde, corrió la voz de

que el Breguet donde iba un Sargento, hijo del Teniente Instructor, no había regresado de un servicio. Fue impresionante contemplar aquella figura del padre, solo, en el campo horas y horas, mirando al cielo, atento al menor ruido. Así estuvo toda la noche esperando escuchar ese motor que debía traer a su hijo. Afortunadamente, al siguiente día se supo que habían tenido que realizar un aterrizaje forzoso en lugar apartado con poco daño de sus dos tripulantes.

La mayor satisfacción de toda la promoción era poder volar en los biplazas escuela, Breguet XIX, utilizados para formar a los pilotos y cuando a éstos se les soltaba se les permitía volar con ellos. Era una verdadera lucha en aquella verdadera tómbola de pinchar un vuelaquito. Todos en las horas libres, sábados y domingos por la mañana, corrían a la suerte de poder acompañar en sus prácticas a los afortunados alumnos del curso de Pilotos que se encontraban en los últimos días para alcanzar el ansiado título. Este era el segundo objetivo a lograr, fijo en las mentes de este Curso de Tripulantes.

La promoción parecía buena, incluso en forma extraoficial se les aconsejó encargarse el uniforme. Así tenían muchas esperanzas de salir airosos. Quedaban ya muy pocos días. Pero uno de los aspirantes no terminaría el Curso. Era el 20 de Diciembre, domingo, y como siempre allí estaban disputándose los vuelos como paquetes de los recién soltados.

Uno de los que consiguió una plaza sufrió un grave accidente al colisionar el Breguet con un caza cuando aquel iniciaba la maniobra de aproximación para tomar tierra. El Alumno no quedó apto para volar.

Han pasado unos meses. Un tren está detenido en la estación de Dos Hermanas. Un joven Oficial de la Legión está apoyado en la ventanilla de un pasillo mirando hacia arriba. Le ha parecido oír un ruido de motores muy conocido. Sí es él, no cabía duda, era el “Abuelo”, quizás con otra carga de otros aspirantes. Un nudo se le forma en la garganta. Acuden a su mente todas las ilusiones frustradas. Ahí va el viejo Fockler F-VII, tan airoso. Quizás él también sintió la proximidad, abajo, de un antiguo compañero y pareció dejar oír un silbido especial en sus motores a modo de saludo.

Ahora, al cabo de medio siglo, es curioso pensar, ¿Qué habrá sido del querido “Abuelo”? Muy difícil es imaginar como acabaría cuando lo sacaran del desguace, ¿muebles de cocina, estanterías metálicas, cacerolas, ceniceros...? Pero sí es seguro, cuando eso ocurriera, que de su viejo cuerpo se desprendería una silueta esbelta y transparente que remonaría en vuelo majestuoso hacia el cielo, quizás en busca de todos aquellos jóvenes a los que enseñó a volar y que le habían precedido, esperándole allá en las alturas, para que nuevamente les transportara... pero esta vez en un vuelo mucho más largo. ■

